JULIO POVEDA

MÁS FUERTE QUE LA VOLUNTAD

RENACIMIENTO

6894

MÁS FUERTE QUE LA VOLUNTAD

JULIO POVEDA

MÁS FUERTE QUE LA VOLUNTAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA ORIGINAL,
ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO
EN EL TEATRO DE ROMEA LA NOCHE
DEL 27 DE JUNIO DE 1916.

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de tradución.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvegé et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

COPYRIGHT, 1916, BY JULIO POVEDA

A MI HERMANO PEPE

Para mí más que un hermano; con un abrazo,

JULIO

PERSONAJES

ELVIRA.	*Sra. Calvo*
AMALIA	*Srta. De la Fuente*
LEONOR.	„ *Guillot*
DOÑA PETRA	*Sra. Ezquerra*
DOÑA MARÍA JUANA . . .	*Srta. Jiménez*
REMEDIOS.	„ *Durán*
PABLO.	*Sr. Rodríguez de la Vega*
CARLOS	„ *Venegas*
ARTURO.	„ *Sepúlveda*
TÍO LORENZO.	„ *Guillot*
BELMONTE	„ *Estévez*
MARTÍNEZ	„ *Pastrana*
DON ESTEBAN.	„ *Vázquez*

La acción en un pueblo de la provincia de Toledo, próximo a Madrid: Época actual.

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala de una casa rica de pueblo castellano. Adosada a las paredes antigua sillería tapizada de verde y algo deslucida por la acción de los años. En la izquierda un piano sobre cuya tapa cubierta con un tapete de crochet, habrá dos floreros de cristal conteniendo flores de papel, varias figuritas de porcelana y tres portarretratos; todo ello colocado con perfecta simetría. Sobre el piano gran espejo de marco dorado. Al fondo, en el centro, entre dos puertas que dan acceso a las habitaciones interiores y que ocultan cortinajes del mismo color que la sillería, con alzapaños dorados, el amplio sofá. Como a una vara por encima del respaldo de éste un cuadro antiguo de asunto religioso En medio de la escena gran centro de sala ovalado, sobre cuyo mármol vénse algunos *bibelots*. Pendiente del techo aparato de luz eléctrica de cuatro brazos, adornado con gran copia de prismas de cristal. A la derecha puerta que se supone da al portal de la casa. Derecha e izquierda las del espectador. Es de noche.

Al levantarse el telón estarán sentadas en el sofá, de derecha a izquierda, *Elvira* y *Doña María Juana;* en sillas y formando grupo con el sofá, *Amalia* al lado de *Elvira* y *Remedios* al lado de *Doña María Juana.* A la izquierda, próximos al piano y formando con las sillas otro grupo, *Pablo, Martínez* y *Don Esteban.*

ESCENA PRIMERA

AMALIA, ELVIRA, DOÑA MARÍA JUANA, REMEDIOS, PABLO, MARTÍNEZ y DON ESTEBAN

DOÑA MARÍA JUANA

Dirigiéndose a *Amalia.*

¡Ya tendrías deseos de verte en tu casita, de tener libertad!

A *Elvira.*

No sé cómo habéis tenido valor para estar tantos años separados de vuestra hija.

ELVIRA

Pablo y yo nos hemos sacrificado por ella. Hemos querido que nuestra hija única reciba una educación esmerada, y esto no se puede conseguir en un pueblo.

674079

DOÑA MARÍA JUANA

Tienes razón; aunque tampoco hay que fiarse mucho de esos colegios de Madrid, que te cuestan un ojo de la cara y luego... Acordaos de la chica de la Sagrario. La tuvieron cinco años en un colegio de la corte y cuando volvió al pueblo no sabía que hubiera agujas en el mundo.

DON ESTEBAN

En cambio había aprendido unas canciones...

MARTÍNEZ

Tales eran, que los mozos no se atrevían a cantarlas más que estando borrachos.

DOÑA MARÍA JUANA

Así acabó ella: haciéndose cupletista.

AMALIA

Pues a mí sí me han enseñado para lo que sirven las agujas.

REMEDIOS

Pero debe ser horrible vivir tanto tiempo entre personas extrañas, encerrada en una casa, sin ver el campo ni casi el sol.

AMALIA

Al principio se está como asustada, después el trato con las otras muchachas hace más llevadera la falta de libertad. Claro, que piensa una siempre en sus padres, en su casa, hasta en los juguetes que abandonara al partir. Y se sueña con el día de la salida como con una gran felicidad.

PABLO

Conmovido, acercándose a *Amalia*.

Y acaso no soñases tú sola con esa felicidad. Pero ya llegó. Ya estás con nosotros para siempre.

DOÑA MARÍA JUANA

Yo no veo que hagan falta tantos requilorios para educar a una muchacha como nuestras hijas. Aquí tenéis a la mía.

Señalando a *Remedios*

La maestra la enseñó a leer y a escribir y algo de cuentas. Lo demás, yo. Y el día en que, Dios mediante, se case, será una mujer como es su madre y como fué su abuela: chapada a la antigua, buena cristiana, muy de su casa y de los suyos, trabajadora y cuidadosa de su marido, de sus hijos y de su hacienda. Sin saber de música, pero distinguiendo un grano de trigo de uno de cebada. Esto no es censuraros a vosotros, es decir lo que siento.

PABLO

Y haces bien en decirlo, pero es que a ti te falta ambición, María Juana. Te conformas con que Remedios valga lo que tú, que no es poco, y nosotros aspiramos a que nuestra hija valga más que sus padres.

MARTÍNEZ

A *Don Esteban*, como prosiguiendo una discusión comenzada un momento antes.

¿Y a eso lo llama usted torear? ¡Vamos, hombre!

ELVIRA

¿Ya están ustedes con la discusión de siempre?

DOÑA MARÍA JUANA

Para acabar insultándose, como siempre.

DON ESTEBAN

No tengan ustedes cuidado. Dios me dará paciencia, lo que se dice paciencia, para oirle tranquilamente disparatar.

Sigue en voz baja la discusión con *Martínez*.

DOÑA MARÍA JUANA

A *Amalia.*

¡Chica, y qué guapa estás!

A *Elvira.*

Pronto te la llevan.

ELVIRA

Cá; si a los mozos del pueblo les pasa lo que a esos.

Señalando a *Martínez* y *Don Esteban.*

No se ocupan más que de los toreros.

DOÑA MARÍA JUANA

¿No sabéis por qué han regañado el chico del juez y Guadalupe la del tío Marcelo?

ELVIRA

No.

DOÑA MARÍA JUANA

Pues porque le regaló ella un colgante para el reloj con su retrato, y al muy bruto no se le ocurrió más que sustituir la fotografía de su novia por una de Belmonte.

REMEDIOS

Lo que más sintió Guadalupe fué que la dijera que ya se contentaría ella con parecerse a Belmonte.

DOÑA MARÍA JUANA

¡Pobre muchacha! Ni que fuera un monstruo...

DON ESTEBAN

Acalorado.

Mire usted, Martínez, usted de toros, lo que se dice de toros, entenderá más que yo, porque es

veterinario; pero de toreros, lo que se dice de toreros, entiende usted menos que mi yegua.

MARTÍNEZ

Furioso.

¿Usted está igualado con el médico?

DON ESTEBAN

Sí, señor.

MARTÍNEZ

Pues mañana dese de baja en la iguala, porque en caso de enfermedad el que debe visitarle a usted soy yo.

PABLO

Acercándose a los dos hombres.

Vamos, calma. Estas señoras pueden creer que es de verdad.

DOÑA MARÍA JUANA

No, por nosotras pueden seguir insultándose. Estamos acostumbradas a oirles. Lo malo es si se entera la yegua de que se hacen con ella ciertas comparaciones.

DON ESTEBAN

Eres muy amable, María Juana.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA PETRA y ARTURO

DOÑA PETRA

Entrando por la derecha seguida de *Arturo.*

¿Dónde está la viajera?

Yendo hacia *Amalia* y besuqueándola mucho.

Pero, ¿quién te conoce? Si estás hecha una mujerona. ¡Digo, qué moza!

Dirigiéndose a los demás.

Buenas noches a todos.

Besa a las demás mujeres. *Arturo,* mientras, saluda a los hombres.

Arturo, ¿no saludas a Amalia?

ARTURO

Acercándose tímidamente a *Amalia*, Muy cortado.

¿Cómo está usted?

DOÑA PETRA

Pero, ¿la llamas de usted? Toda la niñez juntos y ahora . . . Claro, no se acuerdan.

AMALIA

Yo sí me acuerdo.

A *Arturo*, muy cariñosa.

Te he hecho rabiar tanto. . . Todo lo que yo tenía de traviesa tenías tú de formalito.

Doña Petra se sienta en el sofá entre *Doña María Juana* y *Elvira*. *Arturo*, medio ruborizado, vuelve al grupo de los hombres.

MARTÍNEZ

A *Arturo.*

¿Cuándo es esa marcha al Seminario?

ARTURO

Dentro de unos días. El médico me ha dado ya de alta.

DOÑA PETRA

Como contestando a una pregunta de *Amalia.*

Sí, cura será, si Dios quiere. La vocación de toda su vida. De mantillas era, y jamás se le ocurrió llorar estando en la iglesia. Dos años lleva en el Seminario y cada día más contento. Hace mes y medio tuve que traérmele porque se puso muy malito de tanto estudiar, pero ya está bien y deseando volver a sus latines.

DOÑA MARÍA JUANA

Pues yo en tu lugar retrasaría la vuelta. El médico dice que a tu chico le convendría una larga temporada en el campo.

DOÑA PETRA

Bah, bah, los médicos siempre están con eso del aire puro y de la higiene a vueltas. Además, si por mi gusto fuera... Pero mi hijo siente impaciencia por cantar misa y yo no le contrario. Sería una hereje.

AMALIA

¡Pobre Arturo!

DOÑA PETRA

¿Pobre? Hija mía, no es para compadecerle. Dichoso él, que podrá consagrar su vida a Dios.

DOÑA MARÍA JUANA

Y disfrutar la capellanía de tu tío Sebastián.

DOÑA PETRA

Eres atroz, María Juana. Cualquiera que te oiga...

Dirigiéndose al grupo de los hombres.

Martínez, haga usted el favor de no contarle a mi hijo esos chascarrillos tan desvergonzados que acostumbra, que después llega a casa y no puede dormir en toda la noche.

MARTÍNEZ

Pero, doña Petra, si no le digo nada. Ni siquiera le he preguntado todavía cuántas novias tiene en Madrid.

DOÑA PETRA

¡Qué gracioso!

DON ESTEBAN

¡Y qué nuevo! Desde que por desgracia nuestra vino a este pueblo de veterinario, no ha dejado ni un solo día de hacerle al cura la misma pregunta.

ESCENA III

DICHOS y CARLOS

CARLOS

Entrando por la derecha. Es un hombre como de cuarenta años, vestido con flamenca elegancia. Todo en él respira orgullo de su persona. Es el tipo del *gallito* de pueblo.

Buenas noches, señores. ¿Cómo les va a todos?

Todos los personajes, excepción hecha de *Pablo,* le contestan con gran amabilidad. — *Carlos,* dirigiéndose a *Elvira* y señalando a *Amalia,* a la que mira como buen conocedor.

¿Pero ésta es Amalia? Bonita se fué, pero vuelve como para obligar a los santos de los altares a que la requiebren.

Fijándose en *Remedios,* muy galante.

Ya hay dos flores en el pueblo. Remedios, ya tienes compañera.

DON ESTEBAN

A *Martínez.*

Aprenda usted a decir cosas finas.

DOÑA MARÍA JUANA

Este Carlos siempre tan dicharachero.

MARTÍNEZ

Y tan justo.

CARLOS

Sentándose entre los dos grupos. A *Amalia.*

¿Estarás contenta de verte otra vez al lado de tus padres?

AMALIA

Sí, señor; muy contenta.

MARTÍNEZ

Aparte a *Don Esteban*.

Tendría gracia que se enamorase también de la hija.

CARLOS

Ahora lo que hay que impedir es que te lleven de aquí. Don Esteban, usted como concejal debe presentar una proposición para que el Ayuntamiento prohiba la entrada en el pueblo a los forasteros que no estén casados.

DON ESTEBAN

Riendo.

Tomaremos una determinación, don Carlos, lo que se dice una determinación.

ELVIRA

¿Quieren ustedes callar? A la edad de Amalia no se piensa todavía más que en las muñecas.

DOÑA MARÍA JUANA

Eso era antes. Ahora una muchacha se desespera si a los quince años no ha tenido tres novios formales.

MARTÍNEZ

Como que de seguir progresando de esta manera, dentro de cien años los chiquillos nacerán con el pelo blanco y llenos de arrugas.

ESCENA IV

DICHOS y BELMONTE

BELMONTE

Asomando por la derecha. Es un muchacho de veinticinco años, que viste pantalón de talle, guayabera y gorrilla de cuadros blancos y negros, todo muy achulado, y se peina con tufos. Usa coleta y habla andaluz de fantasía.

Ave María. ¿Dan ustés su premiso?

PABLO

Adelante, Belmonte.

BELMONTE

Entrando hasta el centro de la escena, con la gorra en la mano.

Con licencia. ¿Están ustés güenos? M'alegro que haya usté llegao güena, señorita Amalia.

AMALIA

Muchas gracias.

BELMONTE

Reparando en la extrañeza con que le mira *Amalia.*

Usté ya no s'acuerda de mí. Pos yo soy Bastián, el que estaba aquí de zagal cuando usté era chavaliya.

AMALIA

¿Que tú eres Bastián? Cualquiera te conoce con esa facha. ¿Y por qué te llama mi padre Belmonte?

BELMONTE

Es una chufla ¿sabusté? Cuando me entró la afición y me dejé la trenza, pos le dió a tó er mundo por yamarme Bermonte.

AMALIA

¿Pero eres torero?

BELMONTE

Entavía no, pero no me farta ni tanto así.

CARLOS

Aprender, que se atreva a salir y que le saquen. Total, nada.

AMALIA

Oye, ¿por qué hablas en andaluz?

BELMONTE

¿Pos cómo quié usté que hable si voy a ser torero? Y que me se pegó el habla cuando estuve en Seviya. De ayí vino tó.

AMALIA

¡Ay, qué gracia!

Ríe con toda su alma.

PABLO

Muy contento al ver a su hija reir con tantas ganas.

Cuenta, cuenta el viaje.

AMALIA

Sí, sí; cuéntamelo.

BELMONTE

Ná, que el año pasao me se ocurrió ir a la feria de Casares. Que me se ocurrió entrar en el casino y que había banca. . .

AMALIA

¿Y eso qué es?

BELMONTE

Pos un juego que han discurrío los hombres pa ganarse los dineros en serio. Y que jugué, y que empezaron a darme duros y biyetes y en ná de tiempo, en ocho o nueve horas, tenía yo un capital.

AMALIA

¿Cuánto ganaste?

BELMONTE

¡Al pie de cinco mil riales! Yo me creí que no me dejarían salir de ayí con tanto dinero; pos me dejaron. Al otro día me se vino a la memoria lo que decía mi agüelo, que santa gloria haiga, siem-

pre que le hablaban de trebajar: "Los hombres hemos nacío pa desfrutar y las bestias pa trebajar". Mi agüelo no trebajó nunca pa que no le equivocaran con las bestias. Tenía mucho sentío y mucho aquel de hombre. Y yo me dije, digo: Pos tenía razón mi agüelo. Y a Seviya me juí a desfrutar.

AMALIA

Como homenaje a la memoria del sabio de tu abuelo.

BELMONTE

Y asina que yegué ¡la suerte! la casolidá hizo que yo parase en una posá que tenía a medias con el ama el mozo de espás del *Lucerito*.

MARTÍNEZ

¿El Lucerito? En mi vida oí nombrar a ese torero.

BELMONTE

Como que no atorea nunca porque es mu güen compañero y no quié que los demás toreros tengan que ponerse a oficio; pero los de su cuadriya...

CARLOS

¿Y para qué tiene cuadrilla si no torea nunca?

BELMONTE

Es una cuadriya... hornoraria ¿sabusté? Pos los de su cuadriya hornoraria dicen que el día que se deje de remilgos y miramientos y atoree, el *Lucerito* será un astro.

AMALIA

¿Y del trato con ellos te entró la afición?

BELMONTE

Clavao. Me dijeron que era una pena que yo no fua torero, que tenía tipo, que tenía vista... El mozo de espás me pidió un día por su madre que me dejase la trenza, y no era cosa de darle un feo a la güena mujer...

AMALIA

¿Y estuviste allí mucho tiempo?

BELMONTE

Hasta que no me queó más que el tipo y la vista, pero ni rastro de dinero. Custión de mes y medio.

REMEDIOS

¿Te divertirías mucho? Dicen que en Sevilla son muy graciosos.

BELMONTE

¿Que si son graciosos? En Seviya vasté a un entierro y se ríe usté las tripas. Y eso que las chuflas las dicen bajito pa que no las oiga el muerto y se levante a decir: ¡ole! ¡Hay gracia en Seviya!

AMALIA

Y ahora, ¿qué te haces?

BELMONTE

Pos de mozo en el casino. Y a propósito. Ya no m'acordaba. Que yo venía buscando a don Carlos, pa decirle a usté de parte del señor médico y de don Casto que si le guardan un sitio pa el tresiyo.

CARLOS

Irónico.

No haberte precipitado, hombre. Ya me lo hubieras dicho. Anda, diles que me esperen, que voy ahora mismo.

BELMONTE

Ayá voy. Que ustés lo pasen bien y desimulen.

A *Amalia.*

Ya sabe usté donde me tiene, señorita. Y m'alegro mucho que haya usté llegao güena.

AMALIA

Gracias, hombre.

TODOS

Anda con Dios, Belmonte.

Sale éste por la derecha.

ESCENA V

DICHOS, menos BELMONTE

AMALIA

¡Qué gracioso! ¿Y de veras va a ser torero?

DON ESTEBAN

¡Qué ha de ser! Si cada vez que ve una cabra le da un vahido.

CARLOS

Levantándose.

Señores, yo les dejo. ¿Viene usted, Martínez?

MARTÍNEZ

Levantándose.

Sí, señor.

DOÑA MARÍA JUANA

Y nosotras.

DOÑA PETRA

Nosotros también.

Se levantan todos.

ELVIRA

¿Tan pronto?

DOÑA MARÍA JUANA

Es ya tarde. Además, estos señores nos irán dejando en casa.

AMALIA

Acercándose a *Arturo*.

Que vengas a verme. Tenemos que contarnos muchas cosas.

ARTURO

Con mucha cortedad.

Sí, vendré... mañana mismo.

DOÑA MARÍA JUANA

Nos despediremos aquí. ¿Para qué vais a salir?

PABLO

No faltaba más. Os acompañaremos hasta la puerta.

Salen todos por la derecha. *Elvira* y *Carlos* los últimos. Al llegar a la puerta *Elvira* le dice muy rápida:

ELVIRA

¿Vendrás luego?

CARLOS

Muy rápido también.

Sí, a la una. Espérame en la puerta falsa.

Salen. La escena queda sola un momento.

ESCENA VI

AMALIA, ELVIRA y PABLO

PABLO

Volviendo a entrar por la derecha seguido de *Amalia* y *Elvira*.

Ahora, a descansar, hija mía, que bien lo necesitarás. Entre el viaje y las visitas debes estar rendida.

AMALIA

Un poco mareada estoy. Acostumbrada a la monotonía del colegio...

ELVIRA

Pues todo está preparado para que duermas como un ángel. Vamos a tu cuarto.

AMALIA

Aproximándose a *Pablo*.

Hasta mañana, padre. Que me despiertes temprano. ¡Tengo unos deseos de ver mis rosales...

Mimosa.

Veréis cómo tengo que regañaros por no haberos ocupado de ellos.

PABLO

Con orgullo.

No lo creas. No faltó quien, pensando en ti, los cuidase a diario.

La besa en la frente.

Hasta mañana, hija mía.

Salen *Elvira* y *Amalia* por el foro izquierda.

ESCENA VII

PABLO, después ELVIRA

Pablo queda como embelesado mirando la puerta por donde salió su hija. Poco a poco, como respondiendo a sus pensamientos, su rostro se altera hasta convertirse en sombrío. Al fin, se deja caer sobre una silla como abrumado por el dolor.—Toda esta larga pausa queda encomendada al gesto y a la actitud del actor.—*Elvira* vuelve a entrar por el foro izquierda y se dirige a la puerta de la derecha.

PABLO

En el momento en que *Elvira* va a desaparecer.

No te vayas.

Elvira se vuelve y le mira sorprendida.

Tenemos que hablar.

ELVIRA

Con desdén.

¿Nosotros?

PABLO

Sí, nosotros. Es extraño, ¿verdad? Y doloroso.

ELVIRA

Y seguramente inútil.

Adelantándose al centro de la escena.

PABLO

Quién sabe. Pero es necesario. Siéntate.

Obedece *Elvira.*

Más cerca, más. Así. Es tan vil el asunto que hemos de tratar, que quisiera no oir mis propias palabras para no tener que avergonzarme tanto.

ELVIRA

Habla.

PABLO

Nuestra hija está aquí para no separarse nunca de nosotros. Y es ya una mujer, y hay que evitarla el mayor de los dolores: el de sentir vergüenza de sus padres. ¡Vergüenza de sus padres! ¿Tú comprendes el horror de esta frase?

ELVIRA

Impaciente.

¿Y me pides?

PABLO

Te suplico que termines tus... tus locuras.

En un supremo esfuerzo.

Te ruego por nuestra hija que acabes con el escándalo de tu vida.

ELVIRA

Con cínico desdén.

¿Te decidiste al fin a pedirme cuentas?

PABLO

Sí; es preciso que esta vergüenza cese. Porque se trata de la felicidad de nuestra hija, que está por encima de todo. Y lo que no te exigí por mi amor propio de hombre, lo que no te impuse con mi derecho de esposo, te lo pido ahora por mi amor de padre.

En los cortinajes que ocultan la puerta del foro izquierda por donde saliera *Amalia,* se nota un leve temblor.

ELVIRA

Despreciativa.

¿Qué hombre eres tú que suplicas como limosna lo que puedes obtener por la fuerza?

PABLO

Asombrado.

¿Me desafías?

Agarrándola por los brazos en un impulso fiero.

¿Y si yo te matase?

Soltándola y serenándose súbitamente como espantado de esta idea.

Pero no, no temas. Nada de violencias. Matan los impulsivos, y, ya ves, yo soy un hombre tranquilo. Y matan los celosos, y comprenderás que ahora sería ridículo el concederte el honor de mis celos.

Pausa.

Me casé deslumbrado por tu belleza. Poco duró el encanto. La Naturaleza, pródiga en la envoltura, fué tacaña en el contenido. Pronto manifestaste la ruindad de tu alma. Eras mala, mala, sin razón ni motivo, por el único placer de ser mala, por el solo y perverso gusto de atormentar a los demás. Entonces renuncié a toda felicidad contigo. Unidos para siempre, sí, pero sin amor, sin alegría, sin fe en el porvenir, separadas las al-

mas por algo peor que el odio: la indiferencia. Fatalmente unidos los cuerpos porque teníamos una hija, y ante ella se rendían mis impulsos de rebelión y fracasaban mis iniciativas para enmendar el error lamentable.

ELVIRA

Tal vez entonces fuera yo mala, pero ¿hiciste tú algo porque fuera mejor? No. Me humillaste con tu bondad, esa bondad fría y vanidosa con que, a falta de más dignas cualidades, algunos pretenden justificar sus torpezas, sus cobardías, la pobreza de su espíritu. ¡Ah, tú no sabes lo que exaspera un hombre que constantemente nos está dando en cara con esa bondad egoísta!

PABLO

Esa soberbia te enloqueció. Por soberbia quisiste ser peor de lo que eras. Por soberbia llegaste al crimen irreparable.

Pausa.

¡Aquel día sí que pensé en matarte! Me impulsa-

ban a ello los instintos de la fiera que todos llevamos dentro; me lo aconsejaban los prejuicios sociales; veinte generaciones de hidalgos ascendientes lo exigían. Oía en mi interior un coro de voces clásicas que me gritaba: "¡Mata! . . . ¡Mata!" y sola contra las voces de cuarenta siglos, y los ascendientes, y los prejuicios y los instintos, una carita infantil que me decía: "No mates. Perdona por mí". Y no maté. . .

ELVIRA

Cínica.

Te conformaste con despreciarme, ¿verdad? Ni aun en eso fué tuya la iniciativa.

PABLO

Sin querer escucharla

En nombre de aquel angel que, sin saberlo, imploró por tu vida en la hora trágica, te pido hoy el sacrificio de que, arrojando lejos de nosotros el pasado vergonzoso, representemos juntos, si no la comedia del amor, que es ya imposible, la de la paz y la armonía conyugales.

ELVIRA

Es demasiado tarde.

PABLO

Siempre es hora oportuna para reparar una falta. ¡Si supieras que aun en mis mayores angustias no me abandonó la esperanza de ese instante! Yo pensaba: "Ahora la hembra ha vencido a la esposa, pero llegará un día en que la madre vencerá a la hembra. Pudo burlarse de mí, ultrajarme, pero no se arriesgará al desprecio de su hija".

ELVIRA

Nos despreciará a los dos. Esto es ya inevitable. Nuestra ficción sería inútil y ridícula. Mañana, las amigas, los criados, cuantos con ella hablen, serán a contarle el fracaso de nuestra unión.

PABLO

Y entonces, ¿qué dirá de ti?

ELVIRA

Levantándose.

No sé; pero toda tu filosofía no te salvará de que juzque que no supiste ser ni esposo ni hombre. Filósofo nada más.

Sale riendo por la derecha.

PABLO

Siente el impulso airado de salir tras ella, pero reponiéndose tras breve lucha, se encamina a la puerta del foro derecha.

¡Con tal que comprenda que supe ser padre!

Sale. Apenas ha salido se oye tras los cortinajes de la izquierda suspirar a *Amalia:* "¡Dios mío!"

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Representa la escena el patio de entrada de la casa. A la izquierda, en el centro, puerta grande de dos hojas, que da paso a las habitaciones interiores. Por encima de la puerta un balconcillo con tiestos. Al foro, como hasta la mitad del escenario por la izquierda, pared alta de la casa con una ventana a poca más altura que el balcón; la mitad derecha del foro tapia baja, que se supone separa el patio de un jardinillo. En el centro de la tapia puerta pequeña de una sola hoja. A la derecha, ocupando una tercera parte hacia el fondo, cuerpo de edificio con una puerta. Las otras dos terceras partes de la derecha que llegan hasta el primer término, y a una altura prudencial, tejadillo que se supone arranca de la puerta de la calle. En el ángulo que forman la pared de la izquierda y la del fondo una parra que da sombra a buen espacio del patio. Bajo la parra tres butacas de mimbres. Al lado de la puerta de la izquierda, que estará abierta, dos sillas bajas de las que las mujeres utilizan para coser.

Al levantarse el telón el tío *Lorenzo*, sentado en una de las sillas bajas, se ocupa en coser unos costales. *Amalia* entra en escena por la puertecilla del jardín, que dejará cerrada. Trae en las manos un puñado de rosas. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA

AMALIA y el TÍO LORENZO

AMALIA

Buenos días, señor Lorenzo.

TÍO LORENZO

Güenos nos los dé Dios. Aunque me paice que no es a mí a quien das los güenos días.

AMALIA

¿Por qué?

TÍO LORENZO

Porque como ices señor Lorenzo y a mí eso de señor no me suena. . . Yo soy el tío Lorenzo den-

de hace treinta años, y tío Lorenzo me llaman tos. Con que si quiés que te entienda me ices tío Lorenzo, que si no me paice que hablas a otrie.

AMALIA

Bueno, en adelante le llamaré tío Lorenzo.

TÍO LORENZO

Con cariño.

Como debe ser.

Pausa. *Amalia* se sienta en una de las butacas de mimbre y deja caer las rosas sobre su falda. Está triste y como dominada por una idea fija.

¿Qué t'ha paicío el jardín?

AMALIA

Ha sido una sorpresa. Lo he encontrado más bonito que antes.

TÍO LORENZO

Ya lo creo. Tal cuido ha tenío. Tu padre se pasaba el día plantando flores nuevas y arreglando las viejas. Sobre tó los rosales.

AMALIA

¿Dice usted que ha sido mi padre el que lo ha cuidado?

TÍO LORENZO

Él ha sío. Y que no nos dejaba a denguno que le echáramos una mano.

Pausa.

¿Qué te pasa, muchacha? Paice que estás triste.

AMALIA

Aproximando su butaca a la silla del viejo.

Tío Lorenzo, usted me quiere mucho, ¿verdad?

TÍO LORENZO

Sorprendido.

Dimpués de tu padre eres tú la presona que yo más quiero. ¡Miá que la pregunta! . . . ¡Agradecío sería yo si habiendo comío cincuenta años el pan de esta casa no sus quisiera como a las niñas de mis ojos! . . .

AMALIA

Entonces va usted a decirme la verdad. Yo necesito saber la verdad, tío Lorenzo.

TÍO LORENZO

¿La verdá de qué?

AMALIA

De la deshonra de mi casa.

Llorando.

¡Lo sé todo, todo! . . .

TÍO LORENZO

¿Que tú sabes? . . . Miá, no llores, que al verte llorar me se pone un ñúo en la garganta. . . ¿Que tú sabes?. . . ¿Y quién ha sío el bicho malo que te lo ha contao, p'arrancarle la lengua?

AMALIA

Nadie. Yo misma. . . Anoche. . . me enteré de mi desgracia.

TÍO LORENZO

¡Probe! ¡Y pa esto ocho años metía entre las cuatro paderes de una escuela de Madrí, separá de toos, pa que el mesmo día que güelves te des cuenta de ese asco.

AMALIA

Secando sus lágrimas.

Mi madre no ha tenido razón para hacer eso, ¿verdad?

TÍO LORENZO

Pa eso nunca tié razón una mujer que sea como Dios manda, cuanti más que a tu padre a güeno y cabal naide le gana. Tal jué el ejemplo que vió en tus agüelos, que santa gloria haigan. Tu madre es de otra casta... Pero es tu madre y es el ama, y no me está bien el icir más.

AMALIA

Y mi padre, ¿por qué lo consiente?

TÍO LORENZO

Ese es otro cantar. Toos los días me hago yo la mesma pregunta y entavía no he sabío contestarme.

AMALIA

¿Y cómo usted, que le ha visto nacer, no ha intentado, valiéndose de esa confianza, hacerle hablar, aconsejarle?

TÍO LORENZO

¿Aconsejarle, eh? Antaño me premití tirarle algunas puntás con el aquel de que me abriese su pecho. ¡Con quién mejor podía tener un desahogo que con el mayoral de su casa!... Pos no me contestó ni jota; pero me miró de un mó que estuve tó aquel día sin saber lo que me pasaba. ¡Qué mirá, muchacha!...

AMALIA

¡Qué dirán en el pueblo!

TÍO LORENZO

Pos la verdá, en el pueblo icen que el amo es un hombre de bien, pero que pasa por tó esto por mieo. Como el otrie, el don Carlos que Dios confunda, mangonea eso de la política y hace lo que quié en el pueblo y las da de gallito por que tié mu güenas aldabas con los presonajes de la corte, pos ¿qué van a pensar?

AMALIA

¡Qué vergüenza!...

TÍO LORENZO

La verdá que no se pué pensar otra cosa. En estas trigedias de la vida los hombres templaos no tién más que un camino.

Pausa.

Y si a él le dá mieo, ¿por qué no me lo ice a mí? Viejo y tó...

Mirando a la puerta.

Me paice que viene.

Reanuda su trabajo con afán

ESCENA II

DICHOS Y PABLO

Entrando por la izquierda.

PABLO

Hola, tío Lorenzo.

Sentándose al lado de su hija.

Vengo a que me regañes por el abandono de tus rosales, hija mía.

AMALIA

Con frialdad, que no perderá en toda la escena.

¿Regañarte? Al contrario. Están hermosísimos.

PABLO

Ahora arreglaremos el jardín a tu gusto. Pero te encuentro muy pálida; los ojos irritados... ¿Te sientes mal?

AMALIA

No. Es el cambio de vida. Se me pasará pronto.

TÍO LORENZO

El sol, que la dao demasiao de golpe.

PABLO

Reparando que *Amalia* deshoja las rosas que tendrá sobre la falda.

¡Pobres rosas! ¿Por qué no te adornas con ellas?

AMALIA

Con vehemencia.

¡Adornarme! ¡No! ¡No!...

PABLO

No me gusta verte tan seria, tan formal. Es impropio de tus años. Debes reír, cantar, gustar de galas y diversiones. A tu edad la vida es una fiesta.

AMALIA

Es mi carácter.

PABLO

Con profunda tristeza.

¡Daría yo tanto por verte contenta!

Se oye decir en la puerta de la calle: "Ave María".

TÍO LORENZO

Adelante.

ESCENA III

DICHOS y LEONOR

LEONOR

Entrando por la derecha.

Buenos días, don Pablo, Hola, tío Lorenzo.

Dirigiéndose a *Amalia* y abrazándola con efusión.

¡Amalia! ¡Qué deseos tenía de verte! ... ¿No me conoces? Soy Leonor.

AMALIA

Correspondiendo a la efusión de *Leonor.*

Sí, si te conozco. ¡Poquito que me acordaba de ti en el colegio!

Se sientan las dos muchachas juntas, y un poco separado de ellas *Pablo*, de forma que él y su hija puedan verse de frente.

LEONOR

¡Vivimos nuestra infancia tan unidas! Eramos inseparables, ¿te acuerdas?

Con amargura.

Aquellos eran tiempos dichosos.

AMALIA

Teníamos el principal elemento de la felicidad: la inconsciencia.

TÍO LORENZO

Y a mí de encubrior de toas vuestras fechorías.

LEONOR

Desde anoche, que supe por mis amos que habías llegado, siglos se me han hecho las horas que tardaba en verte.

AMALIA

Con extrañeza.

¿Por tus amos?...

LEONOR

Estoy sirviendo en casa de don Julián Sánchez. ¿No lo sabías?

AMALIA

¡Tú de criada! Pero ¿cómo es posible eso? Tus padres eran ricos...

LEONOR

Sí, pero al pasar... lo que pasó... Más vale que no lo sepas. Hablemos de otra cosa.

AMALIA

No, no. Dime la causa de que te veas en este estado. Te lo suplico.

LEONOR

Cuando te marchaste del pueblo yo era una muchachita envidiada por todos. Hija única de padres ricos, y mimada por ellos, para mí la vida era un sueño feliz. Como un sueño pasó. Un día mi madre... ¡Dios la haya perdonado!... cometió una falta. La sorprendió mi padre y mató a ella y... mató al otro...

Los sollozos la impiden continuar.

AMALIA

¡Qué horror!

TÍO LORENZO

Mirando de soslayo a *Pablo,* que mira ansiosamente a su hija para descubrir el efecto que en ella hace la relación.

Tenía tu padre mucho aquel de hombre.

LEONOR

Fué mi padre a la cárcel y allí murió a los tres meses de vergüenza y de pena. Nombraron tutor mío a don Julián; a los cuatro años la hacienda de mis padres había desaparecido y yo tuve que ganar mi vida y pasé de pupila a criada. Dicen que mi padre hizo bien...

TÍO LORENZO

Interrumpiéndola.

Pos claro, hizo lo que deben hacer los hombres.

LEONOR

¡Ojalá no lo hubiera hecho! Que al castigar la traición no fué a los culpables, sino a mí, a la hija inocente, a quien castigó con más crueldad.

Amalia, que durante el relatc ha dirigido a *Pablo* algunas miradas de extrañeza, al oir el comentario de la huérfana siente un estremecimiento y contempla al padre con admiración y gratitud. Ha comprendido su callado y grandioso sacrificio.

TÍO LORENZO

Sí que es doloroso, pero no tié rimedio. Las manchas en la honra no se lavan bien más que con sangre.

PABLO

Con sequedad.

Tío Lorenzo, vaya usted a ver lo que hacen los mozos en el Sotillo.

TÍO LORENZO

Diquiá luego.

Sale refunfuñando por la derecha.

ESCENA IV

AMALIA, LEONOR y PABLO

AMALIA

¡Pobre Leonor!

LEONOR

¡Si supieras lo que es mi vida! Sin amparo de nadie e infamada por un doble estigma... Porque, hasta los que al principio defendían la acción de mi padre, ahora me echan en cara la sangre que derramó. Yo he debido marcharme del pueblo, lejos, muy lejos. Pero ¡a mi edad! . . . No he tenido valor.

AMALIA

¡Cuánto habrás sufrido! Nacida y educada para señorita y teniendo que obedecer y servir a los

mismos que te despojaron... Pero eso se acabó. Vivirás conmigo, en mi casa, como una hermana, y como una hermana a quien hay que mimar, porque es más desgraciada. Mi padre es muy bueno y no se opondrá.

A *Pablo*.

¿Verdad que no?

PABLO

Al contrario. Ese rasgo me llena de felicidad y orgullo, porque demuestra la bondad de tu alma. ¡Bendita seas tú, que sabes ofrecer cariño a los que sufren!

LEONOR

Emocionada.

Gracias, Amalia, gracias. Pero no puedo aceptar lo que me ofreces.

AMALIA

¿Por qué?

LEONOR

Te arrepentirías pronto. Hay demasiado dolor en mí; llenaría de tristeza tu casa. Y los dichosos sólo gustan de rodearse, de ofrecer su generosidad a aquellos que les divierten. No te ofendas. Es el egoísmo de los felices. Dar dinero, comodidades, bienestar material a cambio de un poco de bienestar moral, de alegría.

AMALIA

Con amargura.

Los dichosos, sí. Pero yo no sería dichosa viéndote desgraciada. De modo que aceptas, porque el rehusar sería orgullo.

PABLO

Muy contento.

Nada, nada, convenido. Yo me encargo de arreglarlo todo y de traerte. Tendré dos hijas.

LEONOR

Llorando.

¡Que Dios se lo pague! Y si algún día llego a ser un estorbo me lo dicen y...

AMALIA

Nunca. Juntas siempre, como cuando éramos chiquitas y felices.

LEONOR

Adiós, Amalia. Volveré luego. Ahora no puedo hablar. Adiós, don Pablo.

Muy rápida sale llorando por la derecha.

PABLO

Hasta luego.

AMALIA

Casi a la vez que su padre.

Adiós, Leonor. Ven pronto.

ESCENA V

AMALIA y PABLO

PABLO

La pobre va llorando de alegría...

AMALIA

Yendo a su padre suplicante.

¡Padre, vámonos de este pueblo!

PABLO

Asombrado.

¿Cómo?

AMALIA

Que huyamos de esta casa y de estas gentes, donde nadie nos conozca...

PABLO

¡Huir! ¿Por qué, hija mía?

AMALIA

¡Tengo miedo, padre!

PABLO

¿Miedo de qué?

AMALIA

De que, como el padre de Leonor, en un impulso vengativo, pongas un día desenlace de sangre al drama cruel de esta casa.

PABLO

¿Cómo sabes? . . .

Sospechando.

¿Acaso el tío Lorenzo? . . .

AMALIA

No. Anoche salí de mi alcoba a buscaros, y al ir a entrar en la sala una palabra me atravesó el corazón como un puñal. Quise retroceder y no pude. Y allí, asida a los cortinajes, espantada, oí lo que hablásteis mi madre y tú.

PABLO

¡Pobre hija mía!

AMALIA

Cuando volví a mi cuarto me maravilló encontrarme como antes. ¡Sólo el alma se me había hecho vieja en aquellos minutos!

PABLO

Sombrío.

¡Y fuí yo quien te ocasionó ese dolor!...

AMALIA

He sido injusta contigo. Te juzgué como juzgan las gentes: con prejuicios y por apariencias. Oyendo a Leonor he comprendido tu sacrificio. Y ahora que estoy segura de tu bondad y más segura aún de tu cariño, tengo miedo, padre, miedo por ti y por mí.

PABLO

¡También tú dudaste!... ¡También tú, como todos, creíste cobardía lo que es amor paternal!... No es cobardía, no. Muchas veces acaricié la culata de un revólver, se agarrotaron mis manos oprimiendo el mango de un cuchillo, mis dedos se crisparon prontos a estrangular. ¡Es tan fácil matar cuando se siente la vida fracasada!... Pero

el recuerdo tuyo me contuvo. Había que evitar que se reprodujese en ti el caso de Leonor. Y ante esta suprema razón, ¿qué podían suponer la dignidad ofendida, las humillaciones, los comentarios de las gentes?

AMALIA

¡Vámonos, padre, vámonos!

PABLO

No temas, Amalia. Soy más valiente de lo que creen. Y sobre todo ahora. ¿Qué me importa ya el desprecio de los demás si tú no me desprecias?

AMALIA

Te adoro, padre.

PABLO

Pude sacarte del colegio y huir contigo de este hogar deshonrado; pero, ¿qué contestarte cuando

me preguntases por tu madre? ¿Qué superchería inventar y cómo sostenerla siempre? Hubiera llegado el momento en que, ya mujer, fuera forzoso confesarte toda la verdad, ¿y cómo convencerte entonces, con qué pruebas, de mi inocencia y de la justicia del abandono de tu madre? Me aterró la actitud que en aquel día pudieras adoptar. Y siempre dispuesto a darlo todo, hasta el perdón, por tu felicidad, preferí que el tiempo solucionase esto.

AMALIA

¡Cómo pagarte tanto sacrificio! . . .

PABLO

¿Pagarme tú? Pero si yo no soy más que un egoísta. Porque si mucho me asusta el pensar lo que sería de ti sin mí, aún me asusta más pensar lo que sería de mí sin ti.

AMALIA

Todavía podemos ser dichosos, padre, pero lejos de este pueblo, donde seamos indiferentes a

todos, donde nuestra presencia motive una interrogación y no un escarnio. Y allí, solos los dos, hacernos olvidar, a fuerza de cariño, que hubo un tiempo cruel en que la tragedia quiso penetrar en nuestras vidas.

PABLO

Sí, es verdad. Libres de cuanto fué testigo de la traición, aún podemos ser felices. Yo sí lo sería.

AMALIA

Y yo también. Mira, llevaremos a Leonor con nosotros. No es una generosidad, es una recompensa merecida. Gracias a ella comprendí tu grandeza de alma, justo es que la paguemos enmendando el error de sus padres y dándola un poco de este amor que nos sobra.

PABLO

La llevaremos.

AMALIA

¿Cuándo nos vamos, padre?

PABLO

Pronto. Hoy mismo empezaré a realizar sigilosamente mi hacienda, y en cuanto reuna el dinero necesario para que nada pueda faltarte, buscaremos en otras tierras la paz que no pudimos tener en ésta.

AMALIA

Suplicante.

Y mientras tanto, ¿seguiré yo siendo para ti lo primero de todo? ¿Entiendes? ¡De todo! ¿Me lo prometes, padre?

PABLO

Te lo juro. ¡Si eres la razón de mi vida! Y cuando vas a estar siempre a mi lado sin tener

que repartir con nadie tu cariño... No temas.

Pausa.

Y que después de tanto tiempo, ya, aunque quisiera, no acertaría con el gesto criminal.

AMALIA

Disimularemos ante las gentes. Nos fingiremos alegres...

PABLO

¿Fingirnos? Yo lo estoy de verdad... Aquí viene Arturito. Este sí que finge.

ESCENA VI

DICHOS y ARTURO

ARTURO

Entrando por la derecha. Muy respetuoso y muy tímido.

Buenos días, Don Pablo. Buenos días, Amalia.

LOS DOS

Buenos días, Arturito.

ARTURO

¿Qué tal has descansado del viaje?

AMALIA

Muy bien, gracias. Siéntate.

ARTURO

Con el permiso de ustedes.

Se sienta cerca de *Amalia*.

Te prometí que vendría hoy a verte.

AMALIA

Y yo te lo agradezco.

ARTURO

Un momento tan sólo. Tengo que ir, como todos los días, a casa del señor cura.

AMALIA

¿Cómo un momento? No faltaba más. Todo será que no vayas hoy a casa del señor cura.

ARTURO

Asustado.

¡Buena se pondría mi madre! Me regañaría.

PABLO

¿Y a qué vas todas las mañanas a casa del señor cura?

ARTURO

Pues... fijamente no lo sé. Mi madre me manda que vaya... El señor cura me da consejos, me habla de religión, de las bondades de la vida sacerdotal y... me enseña a jugar al tresillo. Pero esto no lo sabe mi madre.

PABLO

Hombre, eso tiene gracia.

ARTURO

El señor cura dice que el tresillo es tan necesario a un sacerdote como el latín.

PABLO

Por lo menos a él le produce tanto.

AMALIA

Tu madre me dijo que volverás pronto al Seminario.

ARTURO

Sí, acaso esta misma semana.

AMALIA

¿Y vas contento?

ARTURO

Es la ilusión de mi madre. La pobre sueña con el día en que yo cante la primera misa.

PABLO

¿Pero, tú? . . .

ARTURO

Yo . . . yo también lo deseo, por hacerla feliz.

PABLO

¿A costa de tu desgracia?

ARTURO

No . . . es mi gusto. ¿Por qué no ha de serlo?

AMALIA

No eres sincero. Y además, no sabes fingir. La mirada, el gesto, tus vacilaciones, el mismo tono con que las pronuncias desmienten tus palabras.

ARTURO

Pues bien, sí. Falta en mis palabras el calor de la verdad, porque miento. Y miento a sabiendas de que es mortal para mí esta mentira.

PABLO

¿No tienes vocación de sacerdote? Eso ya lo sabía.

ARTURO

No la tengo, no señor. Pero ¡por Dios, don Pablo, que no se entere mi madre! Sería matarla.

Pausa.

Yo quisiera ser un hombre como los demás, con los mismos trabajos y los mismos deberes, pero con los mismos derechos al amor y a la vida.

PABLO

Al amor, sobre todo. Estás en la edad en que el amor es la única cosa que vale la pena.

ARTURO

Cuando paso al lado de unos novios siento el zarpazo de la envidia. Envidia de aquel hombre que dispone libre y públicamente de sus sentimientos y es amado libre y públicamente también. No miro a la novia. ¿Qué más da que sea fea o bonita? Para él, que la eligió, es la más bella. No le envidio la mujer, sino la felicidad de amar y ser amado, el placentero orgullo que yo igualmente tendría, si fuera como él, de creerme amado por la más encantadora de las mujeres.

AMALIA

Y con esas ideas ¿vuelves al Seminario?

ARTURO

Sí, como va el cobarde a la guerra. El Seminario, que es un lugar amable para los que van a él con vocación, a mí me abruma. Siento sobre

mis hombros toda su pesadumbre. Sin duda mi cerebro y mi corazón son demasiado mezquinos para comprender y amar sus enseñanzas. Me dicen que es fea la vida, y yo la encuentro hermosa; que aborrezca a la mujer, y en la mujer hallo armonías celestiales; que ame a todos los hombres como a hijos, y yo, que tanto amor tendría para los míos, los de mi sangre, no puedo universalizar ese amor.

PABLO

¿Por qué no te rebelas?

ARTURO

¿Contra mi madre?

PABLO

Contra todos. Cada uno debe ser el arquitecto de su propia existencia. Oponer su voluntad a las voluntades de los demás.

ARTURO

¿Y cómo conseguirlo? Si hasta las acciones que más creemos hijas de nuestra propia voluntad suelen ser producidas por las voluntades de otros. ¿Qué hombre puede justamente decir que no está sometido a las ajenas voluntades?

AMALIA

Un momento de energía, de sinceridad mejor dicho, puede salvarte. ¿Cómo quieres que tu madre sepa que te falta vocación si tú no se lo dices?

ARTURO

No me atrevo. Estoy tan hecho a obedecerla.

PABLO

Bien vale el porvenir un esfuerzo.

AMALIA

Dila que tu salud se resiente en el Seminàrio. Finge, si es preciso, que estás enfermo.

ARTURO

Tristemente.

No tengo que fingirlo.

AMALIA

¿Lo estás de veras? ¿Y piensas volver? No, Arturo, eso no es posible. Sería una cobardía suicida. Es preciso que hables y hables claro. Tu madre perderá su ilusión, pero conservará a su hijo.

ARTURO

Con entusiasmo.

Tienes razón. Lo primero es vivir. Y aún estoy a tiempo. Hablaré a mi madre hoy mismo, ahora mismo. Ya no voy a casa del señor cura...

AMALIA

Riendo.

Comienza tu rebelión.

ARTURO

Con menos entusiasmo y como queriendo justificarse.

Primero, porque ya es tarde, y segundo, porque al preguntarme mi madre cómo no he ido, es la ocasión de decirla... ¿Ustedes creen que transigirá?

PABLO

Sin duda. Pero es preciso que tú te mantengas firme.

AMALIA

Sobre todo, háblala al corazón.

ARTURO

Sí, sí. Ahora mismo. En este momento estoy seguro de atreverme.

Levantándose.

Hasta luego, Amalia. Hasta luego, don Pablo. Voy corriendo.

PABLO

Adiós, hombre.

AMALIA

Hasta luego, Arturito, y valor.

Sale *Arturo* precipitadamente por la derecha.

ESCENA VII

AMALIA y PABLO

PABLO

¿Crees que se atreverá?

AMALIA

Sí. Parece muy decidido...

PABLO

Le durará la energía hasta encontrarse frente a su madre. Además, doña Petra es inflexible, una voluntad que anda. Se ha propuesto que vaya a

parar a sus manos una capellanía fundada por un pariente y lo conseguirá o enterrará sus ilusiones con el cadáver de su hijo.

AMALIA

¡Pero eso es una crueldad!

PABLO

De buena fe. De esa buena fe que trunca tantas vidas.

ESCENA VIII

DICHOS y ELVIRA

ELVIRA

Entrando por la izquierda, ataviada para salir a la calle.

Anda, Amalia, entra a arreglarte un poco para que me acompañes.

Pablo al ver a su mujer se levanta y pasea indiferente por el fondo de la escena.

AMALIA

¿Adónde?

ELVIRA

A devolver algunas visitas. Anda. Aquí te espero.

AMALIA

Con frialdad.

Perdóname, madre, pero me duele un poco la cabeza y los cumplimientos con las gentes me causarían una gran molestia.

ELVIRA

Insistiendo.

Al contrario. El paseo te aliviará.

AMALIA

Mañana haremos esas visitas. Ahora no quisiera salir.

ELVIRA

Irritada porque adivina entre su esposo y su hija una secreta inteligencia.

Y yo te mando que me acompañes. ¿Eso es lo que te han enseñado en el colegio? ¿A discutir los deseos de tus padres? Sería ridículo que fuese yo sola a devolver esas visitas.

Amalia mira suplicante a su padre.

PABLO

Sereno, afable.

No la regañes. La culpa es sólo mía. Va a salir conmigo. Tengo impaciencia porque vea lo bien que hemos arreglado el Sotillo.

Amalia sale por la izquierda.

ELVIRA

¿Que va a salir contigo? ¿Has dicho que va a salir contigo?

PABLO

Eso he dicho.

ELVIRA

Para evitar que salga conmigo, ¿verdad?

Exaltándose cada vez más.

¿Y no temes que se rían de ella viéndola contigo?

PABLO

Cogiendo a *Elvira* por una muñeca.

Más vale que se rían viéndola conmigo, que exponerla a que yendo contigo os juzguen por igual. Tener un padre como yo les parecerá ridículo a muchos; tener una madre como tú a todos les parece deshonroso.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

Amalia sentada en una silla baja, al lado de la puerta de la izquierda, cosiendo. A poco *Pablo* por la izquierda con el sombrero puesto y un rollo de papeles en la mano.

Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

AMALIA y PABLO

PABLO

Entrando por la izquierda.

¿Todavía de costura? ¿Por qué no vas un rato a casa de tu amiga Remedios? Te acompaño si quieres.

AMALIA

Prefiero coser. No quiero hablar con nadie. En todas las conversaciones hallo una mortificación. Y tú, ¿vas a salir?

PABLO

Sí, a casa del notario. Ya me tiene casi ultimados los asuntos, ¿sabes? Dentro de dos o tres

días mi princesita, escoltada por este viejo escudero, saldrá a buscar la felicidad en las hospitalarias tierras del olvido.

AMALIA

¡Qué deseos tengo de verme lejos de este pueblo, padre!

PABLO

Pues prepárate a volar.

AMALIA

¡Cada día me da más miedo esta casa!

PABLO

¡Qué niña eres! Confía en mí.

AMALIA

Temo a la fatalidad...

PABLO

La voluntad de un hombre que defiende a su hija puede más que la fatalidad.

AMALIA

A pesar de todo, es mejor huirla.

PABLO

La huiremos. Corta es ya la espera. ¿Viste hoy a Leonor?

AMALIA

Sí, esta mañana estuvo un momento.

PABLO

¿Qué dice de nuestros proyectos?

AMALIA

Nada; llora.

PABLO

También la pobre siente impaciencias por salir de aquí... Vaya, voy a llevar estos papelotes al notario. Hasta luego, hija mía.

AMALIA

Adiós, padre.

Sale *Pablo* por la derecha y se le oye confusamente hablar desde fuera con alguien que llega.

ESCENA II

AMALIA, DOÑA PETRA y ARTURO

AMALIA

¡Pobre padre! ¡Qué dolor debe costarle esa alegría que aparenta! . . .

DOÑA PETRA

Entrando por la derecha seguida de *Arturo*.

Buenas tardes, Amalia. ¡Dichosos los ojos que te ven!

AMALIA

Levantándose para ir a su encuentro.

Buenas tardes, doña Petra.

Se besan.

Hola, Arturito. Tomen ustedes asiento.

DOÑA PETRA

Por supuesto, que no debía saludarte. Tanto tiempo sin hacerme una mala visita. Ya sé, ya sé que no es sólo conmigo, que con todos haces lo mismo y por eso te lo perdono, pero no está bien.

AMALIA

Si es que no salgo. La costumbre del colegio de estar siempre encerrada...

DOÑA PETRA

Venimos a despedirnos.

AMALIA

¿A despedirse?

DOÑA PETRA

Nos vamos mañana en el primer tren. Arturito se encuentra ya completamente restablecido y vuelve al Seminario. Yo le acompaño hasta dejarle allí y de este modo le tengo algunas horas más a mi lado.

AMALIA

¿Que Arturito vuelve mañana al Seminario?

DOÑA PETRA

Sí, mujer. ¿Qué te sorprende? ¿No sabes su vocación?

AMALIA

Es que... no creí que se fuera tan pronto.

DOÑA PETRA

¡Qué quieres! . . . No he podido convencerle para que se esté algunos días más conmigo. ¡Es una pena! . . . Por supuesto que, aun doliéndome mucho la separación, no me atrevo a contrariarle. El señor cura dice que es un caso de conciencia.

AMALIA

Con intención

¡Sí señora, que lo es! . . .

DOÑA PETRA

Llevándose el pañuelo a los ojos.

¡Dios me tendrá en cuenta este sacrificio! . . . Al fin, es la obligación de los padres: sacrificarse por los hijos. ¡Y tan hermoso! . . .

AMALIA

Sí, es la obligación, pero ¡son tan pocos los que saben cumplirla! ¿Verdad, Arturito?

ARTURO

Sí... creo que sí.

DOÑA PETRA

Verdad es. Y te agradezco que me hagas justicia.

Pausa.

¿Y tu madre?

AMALIA

¡Qué cabeza la mía! Perdone usted, doña Petra. Está ahí dentro. Voy a decirla que están ustedes aquí.

Se levanta.

DOÑA PETRA

¿Cumplimientos conmigo? ¡No faltaba más! Yo iré a buscarla.

Sale por la izquierda.

ESCENA III

AMALIA y ARTURO

AMALIA

De modo ¿que vuelves al Seminario?

ARTURO

Ya lo has oído. Mañana.

AMALIA

¿Y tu rebelión?

ARTURO

Ilusiones.

AMALIA

Pero tú asegurabas tener valor...

ARTURO

Y lo tenía... hasta que llegué a mi casa. ¡Si me hubieras oído el discurso que compuse por el camino!... Magnífico de energía y de persuasión. Pero lo mismo fué entrar y ver a mi madre, que sentí como un desplome de la voluntad, y... ¡adiós discurso!

AMALIA

¿No hablaste?

ARTURO

Mucho... para disculparme de no haber ido a casa del señor cura.

AMALIA

No te comprendo, Arturito. Tú mismo afirmabas la otra mañana que lo primero es vivir.

ARTURO

Cuando se cree uno con fuerzas para vivir, sí.

AMALIA

¿Qué quieres decir?

ARTURO

Tristemente.

Que yo el otro día soñé con la rebelión y la vida. La realidad me despertó al momento. Y ya no sueño ni con una cosa ni con otra.

AMALIA

¿Por qué?

ARTURO

Porque adivino que es demasiado tarde para ambas cosas.

ESCENA IV

DICHOS y ELVIRA y DOÑA PETRA

DOÑA PETRA

Entrando por la izquierda con *Elvira*.

Pasado mañana me tienes de vuelta.

ELVIRA

Hola, Arturito. Que sea enhorabuena.

ARTURO

Muchas gracias, doña Elvira.

ELVIRA

Sentaos un ratito. ¿Qué prisa tenéis?

DOÑA PETRA

Quita, mujer, si aún no nos hemos despedido de nadie...

ELVIRA

No olvides mis encargos.

DOÑA PETRA

¡Estaría bueno! Ni que fueras tú la secretaria...

ELVIRA

¿Cómo?

DOÑA PETRA

Es verdad, mujer, que no te lo he contado. Figúrate que en uno de mis viajes a Madrid la se-

cretaria me encargó un corte de vestido. El que estrenó el día de la procesión de la Virgen precisamente.

ELVIRA

Riendo.

¡Ah, sí! ¿Aquel que parecía un campo de trigo con amapolas?

DOÑA PETRA

El mismo. Me costó un triunfo encontrarlo. Bueno, pues ¿tú has visto el dinero? Yo tampoco.

ELVIRA

¡Qué desahogo!

DOÑA PETRA

Calla, mujer, si eso no es nada. Lo peor es que ha tenido la frescura de decir a todo el mun-

do que de haber ido ella a Madrid lo hubiera encontrado más barato.

ELVIRA

Riendo.

¡Qué atrocidad!

DOÑA PETRA

¡Ya ves! Ganas de presumir. Hace veinte años no te digo que no.

ELVIRA

No dejes de ir a preguntarla si quiere algo.

DOÑA PETRA

¡Ni con el dinero! Además la pone a una en ridículo encargando esos colorines. Creen los comerciantes que es para una y es un sofoco.

ARTURO

Madre, que no vamos a poder despedirnos...

DOÑA PETRA

Interrumpiéndole.

Sí, sí; vamos, hijo mío. Dispensad que sea tan corta la visita, pero...

ELVIRA

¡Cuánto lo siento!... Anda, saldremos con vosotros hasta la calle.

Echan a andar *Elvira* y *Doña Petra* en dirección a la derecha. Detrás *Amalia* y *Arturo*.

AMALIA

A *Arturo*.

Te vas muy triste, Arturo.

ARTURO

Casi sombrío.

Siempre son tristes las despedidas, y yo . . .

Se interrumpe.

AMALIA

Sobresaltada.

Tú, ¿qué?

ARTURO

Sonriendo tristemente.

Ya lo ves; me estoy despidiendo.

Salen por la derecha. La escena queda sola un momento.

ESCENA V

ELVIRA y AMALIA

ELVIRA

Volviendo a entrar por la derecha seguida de *Amalia.*

He ahí dos personas felices. Viven el uno para el otro.

AMALIA

Arturito adora verdaderamente a su madre.

ELVIRA

Y Petra a Arturito. Daría la vida por él.

AMALIA

La vida, tal vez sí... Es muy curioso esto. Valiendo tanto la vida, hay muchas personas que sacrificarían la suya por otras personas y no tendrían el valor de sacrificarles una idea, una ilusión, una vanidad o un egoísmo.

ELVIRA

Mirando fijamente a su hija.

¿Por qué dices eso?

AMALIA

Por nada. Es que los grandes amores suelen ser así de pequeños.

ELVIRA

¡Piensas a veces unas cosas tan raras!...

Pausa.

Tan raras como tu conducta para conmigo.

AMALIA

No te entiendo, madre.

ELVIRA

Mejor dirías que no quieres entenderme. ¿Crees acaso que no he notado tu desvío, tu frialdad? Si te propongo que me acompañes, rehusas con un pretexto cualquiera; si me acerco a ti, pronto hallas el modo de alejarte; si te hablo, me contestas con tan helado respeto, con tal indiferencia, que si no te mirase no creería que hablaba con mi hija.

AMALIA

Pero . . .

ELVIRA

Interrumpiéndola y excitándose a medida que habla.

Al principio encontré natural tu actitud. Tanto tiempo separada de nosotros, viviendo entre per-

sonas indiferentes, falta de nuestras caricias, era lógico que tu corazón, acostumbrado a no comunicarse más que con él mismo, adquiriera esa reserva, esa hosquedad y rechazase la tranquila confianza, las pueriles expansiones propias de los hijos que jamás se separaron de sus padres.

AMALIA

Acaso tengas razón.

ELVIRA

No, desgraciadamente me equivocaba. Tú sabes que me equivocaba. No es esa la causa, porque si lo fuera sus resultados alcanzarían a todos por igual.

Con vehemencia.

Y hay alguien para quien tu reserva se trueca en confianza y tus hosquedades en halagos. Alguien que sabe de tus ternuras, de tus besos, de tus palabras melosas, de tus miradas que acarician... de cuanto ignora tu madre de ti.

AMALIA

Confusa.

¡Madre! . . .

ELVIRA

Es que a mí no me quieres . . .

AMALIA

¿Por qué no he de quererte?

ELVIRA

Tal vez porque creas que no te quiero yo. ¡Quién sabe si te lo hicieron creer!

AMALIA

¡No! ¡No!

ELVIRA

Hubieran mentido. Yo te quiero, Amalia, te quiero tanto como tu padre. ¿Lo dudas? Quizás tengas razón. Que también yo descubrí muy tarde el inmenso amor que mi alma guardaba para ti.

Pausa.

Desde tu llegada he pasado días horribles. Cada vez que hube de acercarme adonde os hallábais tu padre y tú, vuestra conversación se cortaba; un silencio frío, hostil, torturante, me acogía. Me mirábais agresivos, como miran los enamorados al importuno que interrumpe su idilio en el instante del mayor encanto. Era yo para vosotros como una intrusa. Al principio, un sentimiento de envidia germinó en mi alma; después, una explosión de amor maternal; ahora, un ansia loca, una imperiosa necesidad de reconquistar tu corazón perdido. ¡Qué no haría por lograrlo! . . .

AMALIA

Que escucha a su madre radiante de alegría, embelesada.

¡Sigue, madre, sigue hablando!

ELVIRA

¡Ningún sacrificio que me pidieras sería excesivo! Pero que cese este tormento, que yo te oiga y te vea llamarme madre con la voz alegre, amorosos los ojos y el alma expansiva.

AMALIA

Abrazando a su madre en un impulso de alegría.

¡Madre! . . . Es así como quieres que te llame, ¿verdad?

ELVIRA

Besando a su hija con júbilo.

¡Así, hija mía!

AMALIA

¡Qué feliz soy, madre! También yo suspiraba porque me hablases como ahora.

Suplicante.

¿Has dicho que no me negarías ningún sacrificio?

ELVIRA

Ninguno.

AMALIA

¿Y si yo te pidiera? . . .

En el rostro de las dos mujeres se expresa la confidencia suprema, cuando aparece *Carlos* por la derecha.

ELVIRA

¿El qué, hija mía?

AMALIA

Tornándose sombrío su semblante al ver aparecer a *Carlos*. Con amargura.

Nada, madre.

Huye rápidamente por la izquierda. *Elvira* mira a su amante con odio.

ESCENA VI

ELVIRA y CARLOS

CARLOS

Jovial.

No es muy sociable tu hija. Huye de las visitas como del coco.

Sentándose cerca de *Elvira*.

Debes aconsejarla que no sea tan huraña. La amabilidad realza los encantos de las muchachas bonitas.

ELVIRA

Con sequedad.

No tendrás la pretensión de creer que deba recibirte amablemente.

CARLOS

¿Por qué no? Yo soy un amigo de la casa. Y un amigo íntimo, ¿no es cierto?

Ríe alegremente.

ELVIRA

Calla. Tienes un cinismo que hace daño.

CARLOS

¿Hablas tú de cinismo? . . . Veo que he llegado en mala hora.

ELVIRA

No; has llegado con oportunidad. Tenemos que hablar seriamente.

CARLOS

A eso vengo. A decirte muy seriamente algo que te interesa.

ELVIRA

¿Que me interesa?

CARLOS

Más de lo que puedes suponerte.

ELVIRA

¿Y es? . . .

CARLOS

Calma. Me parece haber entendido que tú también tenías que decirme algo importante.

ELVIRA

Sí.

CARLOS

Entonces mi galantería me prohibe hablar el primero. Te escucho.

ELVIRA

Carlos, es necesario que todo termine entre nosotros.

CARLOS

Sorprendido.

¡Cómo! ¿Me propones un rompimiento?

ELVIRA

Absoluto. Nuestras relaciones no pueden continuar.

CARLOS

Burlón.

¡Qué tono! Acabarás por asustarme.

ELVIRA

Soy yo la que, aunque tarde, estoy asustada de mi falta, de mi crimen.

CARLOS

¿Romanticismos ahora? Vas a terminar por confesarme que estás enamorada de tu marido...

ELVIRA

Con desprecio.

¿Por qué no, si me enamoré de ti? Más vale que tú y que yo.

CARLOS

¿No dije? He aquí el premio a su paciencia. Vamos, eres agradecida.

ELVIRA

Herida por las burlas de *Carlos*.

¡Que olvidara yo tantas cosas por este hombre!

CARLOS

¿De modo que estás decidida?

ELVIRA

Por completo, y para siempre.

CARLOS

¡Qué lástima! Ahora que vas a tener más necesidad de cariño...

ELVIRA

¿Cómo?

CARLOS

Ahora que vas a verte abandonada... Cuando todos los consuelos serán pocos...

ELVIRA

No te entiendo. ¿Qué significan esas burlas?

CARLOS

Es verdad, si aún no te he dicho... Perdona. La noticia que yo tenía que comunicarte es...

ELVIRA

Impaciente.

Habla.

CARLOS

Que dentro de tres días tu marido y tu hija se irán ocultamente del pueblo para no volver.

ELVIRA

Aterrada.

¿Y se irán sin mí?

CARLOS

Huyendo de ti, precisamente.

ELVIRA

¡Qué horror! . . . Pero no, no es posible. Me engañas, Carlos. Has querido vengarte de mis palabras de antes. ¿Verdad que me engañas?

CARLOS

Serio.

No, no te engaño, Elvira. Te juro que es verdad. Serénate. Ya veremos el modo de evitarlo.

ELVIRA

¿Cómo lo sabes?

CARLOS

Por el notario. Tu marido le encomendó la venta de sus bienes, y confiado en el secreto profesional tuvo la franqueza de revelarle sus proyectos, hasta el día señalado para la marcha. El notario, que me debe su destino, me lo ha comunicado todo, como es su deber. Ya sabes que en el pueblo el único secreto que les conviene guardar a las autoridades es el de no tenerlos para mí.

ELVIRA

¿Dices que mi marido quiere vender sus bienes?

CARLOS

Ya ha realizado casi toda su fortuna. Tu marido es hombre previsor y quiere que, una vez lejos

de aquí, su hija no carezca de nada. ¡Es un hombre admirable tu marido!

ELVIRA

Pensativa.

Admirable y temible. ¡Y yo tan estúpida que me reía de él! . . . Ahora comprendo su calma, sus solicitudes con Amalia, sus ternuras, los misteriosos diálogos. Era un plan meditado para decidirla a que abandonase a su madre. ¡Era su venganza!

CARLOS

Te equivocas. Según mis informes la idea de la fuga fué de tu hija. Es Amalia la que rapta a su padre.

ELVIRA

¡Ella! ¡Es ella la que quiere marcharse! . . . ¡Ella la que me desprecia! . . . Entonces no es una ven-

ganza, es un castigo, ¡el mayor de todos los castigos! . . . Pero no, no se irá. Yo lo evitaré. Todo antes que consentir que me abandone.

CARLOS

¿Cómo lo evitarás?

ELVIRA

No sé . . . Suplicaré, y tales serán mis súplicas, que accederá. Suplicaré también a él, si es preciso. Me humillaré. Acepto de mi hija hasta el odio, pero a su lado. Que no me quiera, pero que me permita mostrarla mi cariño; que no me mire, pero que yo la vea; que me niegue sus besos, con tal que yo pueda besarla mientras duerme.

CARLOS

Tranquilízate. Te exaltas demasiado.

ELVIRA

¡Tranquilizarme cuando estoy a punto de perder a mi hija!... ¿Qué sabes tú lo que yo siento? ¿Qué son todos los demás amores al lado de éste? Apariencias ridículas de amor... ¡Si me figuro que no la veré más!...

Asomándose a la puerta de la izquierda en un impulso desesperado.

¡Amalia! ¡Amalia!

ESCENA VII

DICHOS y AMALIA

AMALIA

Entrando por la izquierda precipitadamente.

¿Qué quieres, madre?

Al ver que *Carlos* continúa allí hace un gesto de contrariedad.

ELVIRA

¿Sabes lo que me dicen, hija mía? Que quieres marcharte del pueblo con tu padre, abandonarme a mí para siempre. Pero yo no lo creo. ¿Verdad que no debo creerlo?

Pausa. *Amalia* baja la cabeza y permanece en silencio.

¿No contestas? ¿Comprendes la monstruosidad de la idea?

CARLOS

Es inútil el silencio. Lo sabemos todo.

AMALIA

Con resolución.

Sí, madre; créelo.

ELVIRA

Llorando.

Pero eso es una crueldad...

AMALIA

¡Crueldad la nuestra! ... ¿Eres tú la que nos acusas de crueles a nosotros?

CARLOS

A *Amalia.*

Y el decírselo tú una falta de cariño y de respeto.

AMALIA

Sin mirarle.

Madre, ¿por qué permites que este hombre me hable de ese modo en la casa de mi padre?

CARLOS

Furioso.

¿Tú sabes quien soy yo?

AMALIA

Quisiera no saberlo.

CARLOS

Yo soy quien puede malograr todos tus pla-

nes, deteneros aquí mientras se me antoje. Yo soy el amo en este pueblo. ¿Has comprendido? ¡El amo!

AMALIA

En el pueblo, tal vez. En esta casa ni siquiera un intruso. Algo peor,

ELVIRA

Suplicante.

¡Amalia! . . .

CARLOS

¡No es tímida la niña!

Insolente.

Comprendo que desees verte lejos de aquí.

AMALIA

Con desprecio.

¡Qué ha de comprender usted! . . .

CARLOS

Es estrecho este marco para ti. Necesitas grandes poblaciones. En ellas, y contando con la debilidad de carácter de tu padre, podrás impunemente dar rienda suelta a tus instintos.

AMALIA

¡Canalla! . . .

Intenta abofetearle, pero *Carlos*, cogiéndola por la muñeca, la repele derribándola en tierra. Grita espantada:

¡Padre! . . . ¡Padre! . . .

Y el temor y la ofensa la hacen prorrumpir en sollozos.

ELVIRA

Levanta a su hija, que queda llorando abrazada a ella. — A *Carlos*, imperiosa:

¡Eres un cobarde! ¡Sal de esta casa! . . .

ESCENA VIII

DICHOS y PABLO

PABLO

Entra corriendo por la derecha. Al llegar al centro de la escena se queda parado, mirando alternativamente a los tres personajes que componen el cuadro. Está lívido, descompuesto, los ojos fuera de las órbitas, las manos temblonas. Al fin pregunta a *Amalia* con voz ronca y trémula, que en vano pretende dominar:

¿Por qué lloras, hija mía? ¿Por qué gritabas antes?

AMALIA

Cesando de llorar y fingiendo una sonrisa para serenar a *Pablo*.

No fué nada, padre. Tropecé y caí al suelo, y fuí tan tonta que rompí a llorar.

PABLO

¡Pero tus gritos!... ¿Por qué me llamabas?

Mirando a *Carlos* con expresión de reto.

¿No hay nadie que se atreva a decirme quién hizo gritar a mi hija?

CARLOS

Fuí yo.

PABLO

Como un rugido.

¡Tú!...

CARLOS

Discutimos acaloradamente; quiso abofetearme y, al rechazarla, sin querer la asusté.

PABLO

Que le ha escuchado con una expresión de asombro indescriptible en su rostro.

¡Y pusiste tus manos en ella!... ¡Al fin tengo que matarte!...

Se abalanza sobre *Carlos*, luchan los dos hombres y ruedan por tierra. Consigue *Pablo* echar las manos al cuello de su adversario y aprieta, aprieta... Y cuando le suelta y se levanta jadeante, el cuerpo de *Carlos* está rígido. Las dos mujeres han contemplado aterradas la escena. Una pausa.—El escenario habrá ido obscureciendo. Es la tarde que cae.

AMALIA

Acongojada.

Padre, ¿qué has hecho?

PABLO

Sereno ya, tranquilo.

Yo, nada. Ha sido la fatalidad. Tenías razón.

La fatalidad, que es más fuerte que la voluntad de los hombres.

ELVIRA

Arrodillándose a los pies de *Pablo*, suplicante.

¡Perdón!... ¡En nombre de nuestra hija, perdóname!...

PABLO

Alzándola del suelo.

No temas. Por nuestra hija te perdono. Hoy más que nunca. ¡Te he perdonado tantas veces sólo por ella!...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y EL TÍO LORENZO

TÍO LORENZO

Habrá entrado por la derecha durante la anterior escena. Al darse cuenta de lo que ocurre hay una extrañeza en su rostro. Se dirige silenciosamente al cuerpo de *Carlos* y arrodillándose junto a él le examina. Al terminar su examen se quita pausadamente el sombrero.

¡Muerto! . . .

A *Pablo.*

¿Has sido tú?

Con acento de júbilo.

¡Te atreviste al fin! . . .

PABLO

Sí. Me atreví.

Señalando a su hija y como dando una razón definitiva.

¡Se atrevió él a asustarla! . . .

TELÓN RÁPIDO

IMP. DE JOSÉ POVEDA
PRÍNCIPE, 24.—MADRID

3 PESETAS

POVEDA - MADRID